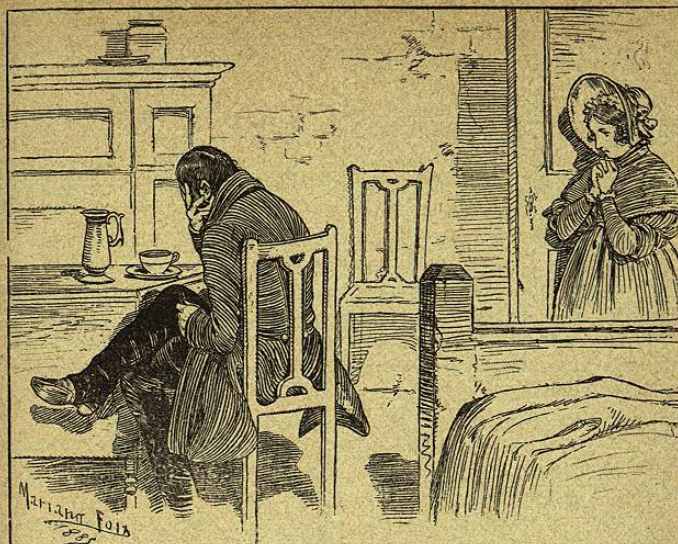


—¡Bah!—repuso Rigaud, después de encender otro cigarro, —¡todos me teméis, muñecos míos, infelices criaturas! Me habéis servido una botella de buena calidad; vais á pagarme el alojamiento y la comida; y ninguno se atreva á levantar un dedo sobre mí ni á dirigirme un epíteto mal sonante. ¡Ah! es propio de mi carácter triunfar por donde vaya.

Flintwinch, después de rascarse la barba, mirando otra vez á su alrededor, saludó ligeramente á Clennam y retiróse, seguido muy pronto de Pancks, que escuchó antes con mucha atención algunas recomendaciones de Arturo, asegurándole en voz baja que no perdería de vista el asunto.

El preso volvió á quedar solo, más triste, más abatido, más impotente y desesperado que nunca.



CAPITULO XXIX

Lucha de generosidad en la Mariscalía

Las inquietudes y los remordimientos son tristes compañeros de prisión; pasar el día reflexionando sobre sus penas y las noches sin dormir es un mal medio de abroquelarse contra la desgracia. La mañana siguiente Clennam reconoció que la salud le abandonaba tan rápidamente como le abandonara antes el valor; y que el peso, bajo el cual sólo se encorvaba antes, le agobiaba ya completamente.

Diariamente, á eso de la media noche, habíase levantado de su lecho para ir á sentarse junto á la ventana y mirar la melancólica luz de los faroles que alumbraban el patio, ó bien contemplar el primer albor del próximo día; pero ahora, cuando llegaba la noche, repugnábale acostarse.

Arturo era víctima de una agitación inquieta y febril; su permanencia en la cárcel ocasionábale impaciencia y angustia; la convicción de que moriría allí le producía un sufrimiento indecible; y tal era el horror y el disgusto que la prisión le causaba, que ni aún podía respirar con facilidad. Esta sensación de asfixia era tan marcada algunas veces, que Arturo

se asomaba á la ventana casi sin aliento; entonces sentía el deseo de respirar otra atmósfera, y ansiaba verse al otro lado de aquel muro lúgubre y monótono, deseo ardiente y devorador que podía muy bien hacerle perder el juicio si pasaba mucho tiempo sin satisfacerse.

Era llegado el sexto día de los ocho que Blandois fijara para celebrar su entrevista con la señora Clennam, día nebuloso y obscuro, que contristaba el ánimo. Aquejado de un fuerte dolor de cabeza, y rendido de cansancio, Arturo no había podido conciliar el sueño en toda la noche, durante la cual oyó caer la lluvia en el patio, pensando en la que bañaba más suavemente las praderas y los jardines de la campiña lejana. Arturo estaba tan débil y enfermo, que le fué preciso descansar varias veces mientras se lavaba y vestía, y cuando hubo concluído, acercóse á la ventana y sentóse en su sillón mientras arreglaban el cuarto.

Desfallecido por la falta de sueño y la dieta, pues apenas podía comer, la fatiga cerró al fin sus ojos y comenzó á dormir. Entonces soñó que se hallaba en un jardín, cuya húmeda y cálida brisa le impregnaba de perfumes; esta idea le hizo volver en sí, y levantando la cabeza, no sin gran esfuerzo, para mirar á su alrededor, llamóle la atención ver en la mesa, junto á su taza, un ramo de flores muy frescas, al parecer recientemente cogidas. Jamás había visto otras tan hermosas; cogiólas, aspiró su perfume, volvió á dejarlas sobre la mesa, y sólo después de haber recreado la vista y el olfato comenzó á preguntarse quién las habría puesto allí. Entonces abrió la puerta para preguntar á la mujer que limpiaba su habitación, pero ya se había marchado, sin duda hacía mucho tiempo, pues el té que dejó sobre la mesa estaba ya frío; inútilmente trató de beber un poco, y después arrastróse de nuevo hasta el sillón y puso las flores sobre la mesita.

Cuando hubo cesado la especie de aturdimiento que este esfuerzo le produjera, volvió á quedar sumido en un letargo. Poco después la puerta se abrió suavemente sin que la llave girara en la cerradura, y en el umbral se detuvo una mujer, al parecer una niña, que al punto dejó caer á sus pies el manto que ocultaba sus formas: era la niña Dórrit, con su vestido viejo de otras veces. Un observador atento la hubiera visto temblar, cruzar las manos, sonreír y verter lágrimas.

Arturo despertó sobresaltado, profiriendo un grito de sorpresa; y en el semblante querido que contemplaba en aquel momento, parecióle ver como en un espejo el cambio que se

había efectuado en su persona. La joven se adelantó hacia él, y poniéndole las manos sobre el pecho, para impedir que se levantase, arrodillóse á sus pies y lloró con él, como el rocío del cielo había llorado sobre las flores... la niña Dórrit le llamó por su nombre.

—¡Oh mi mejor amigo!—exclamó,—¡querido señor Clennam, que no le vea á usted llorar, como no sea de placer! ¡Aquí tiene usted ya á su pobre niña!

En la entonación de estas palabras había inefable consuelo, y en la mirada de la joven indecible ternura.

Mientras Arturo estrechaba á la niña Dórrit contra su corazón, Amy añadió:

—No me habían dicho que estaba usted enfermo.

Y rodeó suavemente con su brazo el cuello de Arturo, apoyando su cabeza sobre su casto seno, y mecióle con ternura, tan inocentemente (Dios lo sabe,) como lo hiciera con su padre en otro tiempo, en aquella misma habitación, cuando era sólo una niña.

Cuando Arturo pudo hablar, exclamó:

—¡Cómo! ¡es posible que haya usted venido á verme aquí, y con ese vestido!

—Pensé que sería más de su agrado verme con este traje, y por eso le he guardado, á fin de no olvidar nunca... comprendo no obstante que esto no era necesario, pues no vengo sola, como usted ve; me acompaña una antigua amiga.

Arturo volvió la cabeza, y vió efectivamente á Maggy, con su enorme gorro blanco y la misma cesta que llevaba siempre en otra época.

—Llegué ayer tarde con Eduardo—dijo la niña Dórrit,—y al punto envié á preguntar por usted á casa de los Plornish, donde dijeron que estaba usted aquí. ¿No habrá pensado usted por casualidad en la niña Dórrit anoche? Estoy segura que sí, pues yo le he tenido muy presente, y crea usted que el tiempo se me ha hecho muy largo hasta esta mañana.

—Sí, he pensado en usted...

Arturo vaciló como si no supiera qué nombre dar á la niña; pero la joven, adivinando al punto su pensamiento, apresuróse á decir:

—Aun no me ha llamado usted como debe; ya sabe cuál debe ser mi nombre siempre para usted.

—Pues bien, he pensado en usted, niña Dórrit, todos los días, todas las horas y á cada momento.

—¿Lo dice usted muy de veras?

—Sí—murmuró Clennam, poseído de un sentimiento de vergüenza, al comparar la alegría que iluminaba el rostro de la joven con su triste situación.

—Yo estaba aquí—añadió la niña Dórrit,—antes que abrieran las puertas; pero temí presentarme de pronto, porque tal vez le hubiera hecho más mal que bien. En cuanto á mí, esta antigua prisión me es, á la vez, tan familiar y tan triste, y me hace evocar tantos recuerdos de mi pobre padre, y también de usted, que me he conmovido mucho al verla de nuevo. Al llegar fuimos á ver al señor Chivery, que nos proporcionó la habitación de Juan... aquel pobre cuarto que usted sabe... y allí hemos esperado. Yo soy quien le trajo á usted las flores, sin que me viera ni oyera.

La niña Dórrit parecía más mujer que al salir de Inglaterra, y el cálido sol de Italia había oscurecido un poco su tez; pero por lo demás no estaba cambiada. Arturo observó en ella la misma ternura y timidez de otro tiempo; pero ahora interpretaba estos sentimientos de otro modo, porque le habían abierto los ojos.

La joven se despojó de su chal, colocó en su antiguo sitio, y ayudada por Maggy, comenzó á limpiar un poco el cuarto. Después, destapó un cesto lleno de frutas y otras provisiones y dijo algunas palabras en voz baja á su amiga, que salió al punto y volvió muy pronto cargada con varios manjares, un pollo asado, gelatinas de varias clases y una botella de vino superior. Terminados estos preparativos, la niña Dórrit buscó su antiguo estuche de costura para hacer una cortina y sentóse junto á Clennam, que la miraba cariñosamente, menos abatido que antes.

La satisfacción de verse cuidado con tanta solicitud, y la idea de que todo el cariño de aquella noble joven se consagraba á hacerle más llevadera su triste situación, no bastó para reforzar á Clennam; pero infundíale esto una fuerza moral que se acrecentaba con su simpatía. ¡Qué tiernamente amaba á la niña Dórrit!

Insensiblemente pasó el día, y el sol se puso por fin; la joven había concluído de coser la cortina, sin moverse de su sitio más que para dar de beber al enfermo; y de pronto, estrechando la mano de Arturo, que éste apoyaba en el brazo del sillón, murmuró con voz temblorosa:

—Querido señor Clennam, necesito decirle una cosa, que no he osado manifestarle desde que estoy aquí; pero es preciso que la sepa antes de marcharme.

—Yo también, querida Amy, deseo decirle una cosa.

La joven levantó una mano como para ponerla sobre la boca de Arturo, y añadió:

—Yo no saldré ya nunca de Inglaterra; mi hermano quiere viajar más, pero yo me quedo. Eduardo me apreció siempre, y ahora se muestra tan agradecido... demasiado en mi concepto, pues sólo cumplí con mi deber al cuidarle en su enfermedad, que me ha dejado libre de obrar á mi antojo. Asegura que sólo desea verme feliz.

En el cielo lucía una estrella: Amy la contempló un momento, como si en el astro refulgente viese brillar la esperanza más querida de su corazón.

—Ya comprenderá usted—prosiguió Amy,—que mi hermano ha venido para buscar el testamento de nuestro querido padre y tomar posesión de su herencia. Dice que si el documento existe no dejaré de ser muy rica, y que en el caso de no encontrarse me hará rica por sí mismo.

Arturo quiso contestar, pero la niña Dórrit levantó otra vez más su mano temblorosa y continuó:

—Yo no necesito dinero, pues ¿de qué me serviría, á menos de que le pueda ser á usted útil? Jamás me creeré rica, mientras se halle en este sitio, y sí la más pobre entre las pobres en tanto que le aquejen estas penas. Permítame prestarle todo cuanto tengo; permítame demostrar que no olvido, que no olvidaré nunca hasta qué punto fué usted bueno para mí cuando yo habitaba esta prisión. Querido señor Clennam, hágame usted la más feliz de las mujeres, diciendo ¡sí! Y si no quiere aceptar ahora, permítame, por lo menos, irme con la esperanza de que pensará seriamente sobre lo que le digo... no en interés suyo, sino mío... Hágalo usted por mí, por mí sola... Así me proporcionará la mayor alegría que pueda experimentar en este mundo, cual es la de saber que he podido servirle, pagando un óbolo de la gran deuda de agradecimiento que he contraído con usted. No le digo todo cuanto quisiera decir: no puedo visitarle en esta prisión, donde tantas cosas he visto, sin verter lágrimas á pesar mío; pero le suplico que no se separe de su niña Dórrit en medio de su aflicción. Amigo mío, querido amigo... ¡yo se lo ruego con toda mi alma!... ¡tome usted cuanto poseo, y entonces me parecerá una felicidad ser rica!...

—No, hija mía—contestó Arturo rodeando á la niña Dórrit con sus brazos,—no debo ni siquiera oírle hablar de semejante sacrificio. La libertad y la esperanza me costarían

demasiado caras si hubiese de comprarlas á este precio, pues no podría soportar la vergüenza y el remordimiento de haberlas recobrado así; pero Dios sabe que agradezco su oferta con toda mi alma, por más que la rehuse.

—Y sin embargo, no quiere usted aceptar mis consuelos en medio de su aflicción, permitiéndome serle fiel hasta lo último.

—Diga usted más bien que yo soy quien quiere darle una prueba, querida niña Dórrit, de mi entrañable cariño. Si en la época en que no tenía más domicilio que esta prisión, ni más ropa que la que lleva puesta, me hubiera comprendido mejor (sólo hablo de mí;) si hubiese leído más claramente en los secretos de mi alma; si á través de mi reserva y de mi recelo hubiera podido entrever la claridad que veo brillar ahora, cuando se halla tan lejos de mí y cuando mis vacilantes pasos no me permitirán llegar á ella nunca; si le hubiese dicho que la amaba y respetaba, no como una pobre niña, sino como una mujer cuya mano generosa podía elevarme sobre mí mismo, haciéndome más feliz; si hubiese aprovechado la ocasión, que ya no se presentará nunca... (¡ay de mí! ¿por qué no lo hice?...) y si algún obstáculo hubiera venido á separarnos cuando me hallaba en una situación casi próspera y usted era pobre, entonces habría podido contestar en otros términos á su generosa oferta, aunque sonrojándome de aceptarla... Hoy, querida Amy, no debo pensar en ello... ni pensaré jamás.

La niña Dórrit juntó sus pequeñas manos en ademán de súplica, más elocuente y patética que todos los discursos del mundo.

—Harto deshonrado estoy sin esto, hija mía—añadió Arturo;—no debo descender tanto y arrastrarla en mi caída... á usted, tan fiel, tan generosa, tan buena. ¡Que Dios la bendiga y la recompense!... No hablemos más de ello.

Después de una pausa, Arturo, cogiendo en sus brazos á la niña Dórrit, cual si fuese su hija, añadió:

—Soy más viejo y más indigno de usted que en la época que debemos olvidar uno y otro, y no debe verme tal como era, sino tal como soy. Reciba usted este beso de despedida, querida Amy, recordando que hubiera podido ser para mí algo más que una hija... recíbele de un pobre hombre arruinado, á quien su estrella aleja y separa de usted para siempre; y que ha llegado al término de su carrera cuando usted comienza la suya. No tengo valor para pedirle que me olvide

en mi humillación, pero sí le rogaré que cuando piense en mí me vea siempre tal como ahora soy.

En aquel momento se dejó oír la campana que anunciaba á los visitantes la hora de retirarse: Arturo fué á coger el manto de la joven y abrigóla con la mayor solicitud.

—Dos palabras, mi niña Dórrit—añadió,—dos palabras que me cuesta mucho pronunciar, pero que me es forzoso decir. Hace mucho tiempo que ha pasado la época en que usted y esta prisión tenían algo de común. ¿Me comprende usted?

—¡Oh! ¡no tendrá usted valor para decirme—exclamó la niña Dórrit llorando amargamente y en ademán de súplica,—que no debo volver más! ¡No es posible que me abandone así!

—Se lo diría si pudiese, pero fáltame valor para privarme eternamente del placer de contemplar ese rostro querido. Sin embargo, le rogaría que no volviese demasiado pronto ni muy á menudo, porque esta prisión es inmunda, y harto sé cuanto me daña su pernicioso influencia. Usted pertenece á un teatro mucho más brillante, mucho más digno de su persona; y por este lado no debe dirigir sus miradas hacia atrás; mire usted siempre hacia adelante, buscando un porvenir más feliz. ¡Vamos, que Dios la bendiga y la recompense!

Maggy, que había contemplado aquella escena con aspecto de tristeza, exclamó de pronto:

—¡Oh! hágale usted entrar en un hospital, madrecita, pues de lo contrario no volverá á recobrar su salud.

Esta interrupción fué muy oportuna para advertirles que la campana había dejado de tocar. Después de abrigar nuevamente á la niña Dórrit con la misma solicitud, Arturo le dió el brazo y bajó con ella, aunque antes de la visita apenas podía tenerse en pie.

Todos los demás visitantes se habían retirado ya, y la verja se cerró detrás de la joven rechinando tristemente, como un tañido fúnebre, que hizo recaer á Clennam en su melancolía. Mucho le costó subir la escalera, y cuando hubo entrado en su cuarto, experimentó una opresión indecible.

Era cerca de media noche y hacía mucho tiempo que no se oía ruido alguno en la prisión, cuando de pronto se percibió un rumor de pasos ligeros en la escalera que conducía al cuarto de Arturo, y una mano discreta dió un golpecito en la puerta del preso; era Juan Chivery, que deslizándose en la habitación descalzo, le dijo en voz baja:

—Es contrario á todos los reglamentos, pero no importa; había resuelto cruzar el patio, y aquí estoy.

—¿Qué ocurre?

—Nada de particular. Yo esperaba á la niña Dórrit en el primer patio cuando salió, y entonces pensé que le complacería á usted que alguien la acompañase.

—¡Gracias, muchas gracias! ¿La ha dejado usted en su casa, Juan?

—En la puerta de su hotel, que es el mismo donde su padre se alojó. La niña Dórrit quiso volver á pie, y me ha hablado con tanta bondad, que estoy todo trastornado. ¿Adivina usted por qué ha preferido andar, pudiendo tomar un coche?

—No lo sé, Juan.

—Porque deseaba hablarme de usted; y entre otras cosas me ha dicho: «Juan, siempre ha sido usted un buen muchacho, y si me promete cuidarle, de modo que no le falte socorro ni consuelo cuando yo no me halle allí, no estaré tan inquieta.» Se lo he prometido, y ahora soy amigo de usted... ¡en vida y en muerte!

Clennam, muy conmovido, alargó la mano al generoso joven.

—Antes de tomarla—añadió Juan mirando la mano,—advine usted lo que la señorita me ha encargado decirle.

Arturo movió la cabeza.

«—Dígale—repitió Juan con voz muy distinta aunque algo agitada,—que su niña Dórrit nunca dejará de amarle.» Se lo repito con las mismas palabras... ¿Me he portado d'gnamente, caballero?

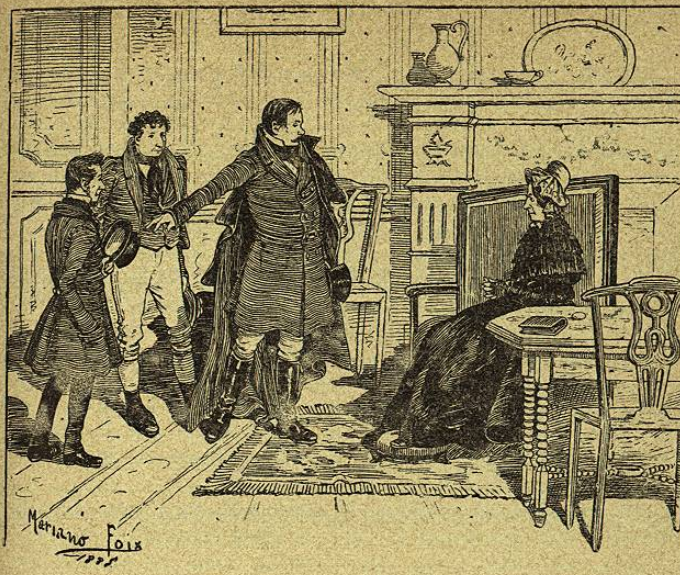
—Sí, sí, Juan.

—¿Se lo dirá usted así á la señorita Dórrit?

—Ciertamente.

—Entonces, he aquí mi mano, caballero; soy su amigo en vida y en muerte.

Después de estrechar cordialmente la mano de Arturo, Juan desapareció, cruzó de nuevo el patio, cerrando las verjas, y retiróse á su habitación, muy satisfecho de haber llevado aquella buena noticia á Clennam.



CAPITULO XXX

Una entrevista grave

Era llegado el último día del plazo concedido por Blandois para celebrar una entrevista con la señora Clennam, y los rayos de un sol magnífico doraban la verja de la prisión, tan negra y sombría desde la ausencia de la niña Dórrit.

Ningún visitante había cruzado desde la mañana el patio de la antigua casa de la viuda; pero hacia la caída de la tarde tres hombres pasaron por delante de la puerta cochera, dirigiéndose hacia la lúgubre mansión de Clennam y C.^a

Rigaud, ó Blandois, que iba delante, entró primero; seguía Cavalletto sin perderle de vista, y detrás iba Pancks, con su sombrero debajo del brazo.

—¡Imbéciles!—exclamó Blandois,—¿no os vais aun?

—No pensamos en ello, señor mío—contestó Pancks.

Por toda contestación, Blandois dirigió una furiosa mirada á su interlocutor, y levantando el aldabón de la puerta, des-